

La fe pascual en la resurrección de Jesús*

Ignacio Ellacuría

Las diversas maneras con que puede enfocarse este problema de la fe pascual, en la resurrección de Jesús, está en continuación de estilo con la que tuve la vez pasada sobre la muerte de Jesús. Sólo trato un aspecto de la cuestión y desde un punto de vista. Y lo hago con cierta simplicidad, dado el tiempo con el que contamos.

Afortunadamente, hay mucho escrito sobre esto y muchas posibilidades de acercarse al problema con solvencia, en eso que está escrito. Entre otras cosas yo les recomendaría este número de *Selecciones de Teología*, que acaba de salir, en donde hay varios artículos importantes sobre la resurrección de Jesús. Es el número 81, y ha salido en 1982. Trata también de temas del pecado original. Así que ahí tienen bastante material recogido, bastante sencillo, donde pueden completarse las cosas que yo voy a decir.

1. La continuidad del Jesús crucificado y el Cristo resucitado

En un primer punto lo que me interesa subrayar es la continuidad del Jesús crucificado y del Cristo resucitado. Este va a ser el primer punto de mi reflexión. Y para mostrar esa continuidad, que, como verán, tiene una cesura o ruptura importante, aunque dentro de la continuidad, vamos a empezar con un texto de los Hechos, en donde aparece esta continuidad. No vamos a entrar en él profundamente, pero sí vamos a hacer algún comentario introductorio al texto. Dice: “A éste [se supone Jesús] ustedes, dentro del plan prefijado y de la previsión de Dios, habiéndolo entregado, enclavándolo por mano de hombres,

* Texto inédito de una conferencia pronunciada en Madrid, el 21 de enero de 1981. Un esquema de la conferencia ya fue publicado en Ignacio Ellacuría, *Escritos Teológicos II*, San Salvador, 2000, pp. 89–93. El día 19 había pronunciado otra conferencia, a la cual hace referencia, “La muerte de Jesús: realidad y teologización”, y que publicamos en el anterior número de esta revista. El texto mantiene el tono informal y personal, ligeramente editado.

de hombres inicuos, lo mataron. Al cual Dios resucitó, sueltas las dolorosas prisiones de la muerte, por cuanto no era posible que él quedase bajo el dominio de ella". Es un texto de Hechos, capítulo 2, versículos 23-24.

Indudablemente, habría bastante que decir sobre este texto. Entre otras cosas, sobre el inciso, que parecería estar en contradicción con lo que dijimos la vez pasada. Lo central es que dice que "ustedes le mataron enclavándole, poniéndole en cruz, por hombres inicuos". Dice, pues, expresamente, "le mataron", pero dice también "dentro del plan prefijado y de la previsión de Dios", como si este camino de Jesús, de la vida a la muerte, por manos de hombres inicuos —ir a la cruz—, fuera un plan prefijado y previsto por Dios, de tal manera, pues, que pudiera parecer que los hombres, en este asunto, no fueron más que ejecutores, más o menos mecánicos, de un plan que Dios, el Padre, tenía.

Ya dijimos la otra vez que esto, dicho así, tan crudamente, no podría ser aceptado. Es decir, que Dios para redimir a los hombres haya previsto, prefijado, predeterminado, un plan que pasara por la muerte de su Hijo, no es aceptable así sin más, a pesar de lo que suena, porque tendríamos que aplicarle a Dios aquella teoría de que el fin no justifica los medios. Y que para salvarnos tuviera un plan que pasara por la muerte de su Hijo, ustedes comprenderán que así no puede ser.

Bien, esto es una reflexión de Lucas, o de la escuela lucana, donde da razón de un gran escándalo de la comunidad primitiva. ¿Cómo puede ser posible que el Mesías muriese, cómo pudo ser posible que Jesús fracasase? Ante ese gran escándalo, una de las explicaciones es que eso pasaba por la voluntad del Padre. Es una voluntad misteriosa, pero a través de esa voluntad, pasaba la muerte.

Esto responde a la necesidad de explicación, necesidad psicológica de una gente que no podía entender cómo esto había ocurrido, cómo lo podía haber permitido el Padre. Luego insinuaremos algo sobre este asunto, pero quisiera decir que quizá esto del plan prefijado y de la previsión de Dios tiene un valor profundo, de acuerdo a aquellas otras frases que ustedes conocen, y que son muy evangélicas, de que "es necesario que este hombre muera".

Dada la realidad histórica, el reino del pecado y el dominio del pecado sobre el mundo, hay una necesidad histórica de que el que salva del pecado, de que el que lucha con el pecado, tenga que pasar por esta dialéctica, llamémosla, de muerte y resurrección, de muerte y vida.

Por este camino, que ahora no hago más que insinuar, quizá haya una explicación de qué pueda significar eso del plan prefijado y de la previsión de Dios. Pero, en fin, ése no es nuestro tema, en este primer punto. En lo que queremos insistir, y ya van a ver por qué, es en la continuidad entre el crucificado —y por tanto, el Jesús que vivió y que luchó en Galilea— y el Cristo resucitado.

Vuelvo a repetir el texto, quitando ese inciso perturbador. Dice: “ustedes los judíos habiéndole entregado a los romanos, enclavándole por manos de hombres inicuos, le mataron. Y a éste a quien ustedes, los hombres inicuos, mataron, Dios resucitó, sueltas las dolorosas prisiones de la muerte, por cuanto no era posible que El quedara bajo el dominio de ella”.

Bien, analicemos un tanto esta continuidad. Lo voy a decir de dos maneras, que son sencillas, aunque no lo parezca, por la similitud de las frases que voy a usar en una especie de juego de palabras.

La primera es insistir en que “resucita el que es matado”. Y la segunda que voy a desarrollar es que “verdaderamente, el que es matado hay que aceptar que resucita”. Son dos partes que es conveniente mantener, porque si no, nos quedamos en una dimensión histórica de Jesús o nos quedamos, por otro lado, en una dimensión puramente trascendente espiritualista de Jesús. Y como les dije, es un empeño de muchas teologías, pero en particular de la teología de la liberación, tratar de mantener en unidad el elemento histórico político con el elemento más trascendente de las expresiones teológicas.

El primer aspecto es insistir en “el que resucita”. ¿Quién resucita? Resucita el que es matado, es decir, no se puede separar la resurrección del muerto, pero del muerto que es matado, como decíamos la otra vez. Y es el matado por su fidelidad absoluta al Padre, en la predicación del reino.

Quizá esto es un resumen de lo que decíamos el día pasado: Jesús muere por su fidelidad absoluta al Padre, en la predicación del reino. E insinuábamos que en la conciencia de Jesús esto tal vez es lo que aparece con mayor claridad. Esto no quiere decir que implícitamente o de manera más confusa, o difusa, u oscura, llegara a ver más sobre el destino que esperaba de su vida. El era un predicador, un anunciador, un realizador del reino y en eso tuvo una fidelidad absoluta al Padre.

Bien, ¿por qué insistimos en este punto de que resucita el que es matado? Porque hay un peligro. No es un peligro abstracto, sino un peligro bien real, en la historia de la Iglesia: el peligro de una experiencia del resucitado que olvida el valor teológico de la vida histórica de Jesús, como si su pasión fuera una cosa que realmente ya pasó y terminó, y lo que queda es el resucitado, de tal manera que ya podemos dejar aquello fuera de nuestra consideración y de nuestra experiencia cristiana y de nuestra reflexión teórica. Lo podemos dejar fuera, porque lo que queda ahora es el resucitado y lo que importa ahora es una identificación más o menos mística con el resucitado.

Esto, sin embargo, sería un tremendo error, que desvirtuaría el significado profundamente teológico, profundamente de presencia salvífica de Dios en la historia, en la figura histórica de Jesús. Ven, pues, cuál es el problema: que lo teológico fuera esta experiencia trascendente del resucitado, mientras que lo de

la experiencia histórica constatable de un hombre que lucha en la historia por la implantación del reino no fuera teológico, sino preteológico. Para muchos es muy conveniente que sea así, pues la lucha por el reino es una cosa en la que realmente se corre peligro.

Pues bien, aunque hubo testigos de la vida y de la muerte de Jesús, que experimentaron que Jesús seguía vivo, vamos a hacer algunas reflexiones tangenciales sobre cómo surge la experiencia del resucitado y en qué puede consistir la probatura del resucitado.

Es cierto que experimentaron a Jesús gentes como Pedro, como María Magdalena, como los discípulos de Emaús, gente que tenía experiencia del Jesús histórico, gente que había vivido con él, que le había conocido, que se había asustado de su muerte. Es cierto que algunos de los testigos fueron testigos de su vida histórica y esos mismos testigos experimentaron —ahora lo voy a decir así, luego podemos discutir y quizás en las preguntas, si vieron o no vieron— al resucitado, qué carácter tiene eso de las apariciones o de las visiones, pero es un punto en el cual no me interesa tanto entrar ahora. Es cierto, pues, que algunos testigos de su vida experimentaron también que él seguía vivo, que Jesús seguía vivo, lo cual, en mi opinión al menos, es el fondo de lo que se quiere afirmar cuando se dice que ha resucitado.

Que ha resucitado es una manera de decir algo más profundo. Podría haberse dicho de otra manera: que ha sido exaltado al cielo, que ha sido transportado, que ha sido sublimado, pero, por las razones que sea, se dice que ha resucitado. El fondo de lo que se quiere decir con ésta u otras expresiones, “estar sentado a la derecha del Padre”, etc., es que sigue vivo, y que sigue vivo con una plenitud a la cual luego aludiré.

Esa experiencia la tuvieron hombres que también habían conocido su biografía histórica. Pero también lo experimentaron quienes no lo conocieron en su vida histórica —el caso más manifiesto es el de san Pablo. San Pablo no conoce a Jesús en su vida histórica y quizá no sea aventurado decir que la historicidad de la vida de Jesús pesa menos en san Pablo —o está elevada a ciertas categorías teológicas—, porque realmente él no fue un testigo inmediato de la vida histórica de Jesús.

Pero con san Pablo, otros muchos experimentaron a ese Jesús sin haber tenido contacto histórico con él, y entonces cabe el peligro de fundamentar una cristología exclusivamente sobre la experiencia más o menos mística del resucitado, abandonando esa experiencia real, tan religiosa y tan teológica como pueda ser la experiencia histórica del crucificado.

Entonces había el peligro, si no se establece continuidad entre el resucitado y el crucificado, de una identificación mística —y, además, individual— con el resucitado y glorificado, evadiéndose así de una praxis histórica que prosiguiera

la praxis histórica de Jesús. Este es, en mi opinión, el problema y el peligro que hay. Es decir, uno puede identificarse mística e interiormente con el resucitado, que ya está vivo, que le llena de entusiasmo, que le llena de gloria, que le llena de comunicación con Dios, que le llena de profundidad humana, que le llena de santidad, que le llena de gracia. Todo lo que ustedes quieran. Y eso sería lo importante, esa gracia, esa plenitud interior, esa experiencia. Y no sería tan importante la praxis histórica de Jesús y, por consiguiente, la continuación de la praxis histórica, en la vida de la Iglesia y en la vida de los creyentes.

Bien, ése sería el peligro. Para evitarlo —y puede considerarse que ésa es una de las razones— se escriben los sinópticos. Son escritos distintos a otros escritos del Nuevo Testamento, en los que se expresa la experiencia del resucitado. En los sinópticos se realza históricamente a Jesús, aunque también se lo teologiza. Los sinópticos, como saben, no son relatos puramente históricos, sino que son reflexiones histórico teológicas. Pero, realmente, los sinópticos insisten en la vida real y en la muerte real de Jesús.

Desde este punto de vista, podemos decir que la resurrección y la exaltación de Jesús son las de aquel ser humano que puso toda su confianza en el Padre, que esperó contra toda esperanza y que clamó "Dios mío", aun cuando se sintió abandonado cuando dice: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?". Ahí se ve una tensión bien interesante, bien importante. Por un lado dice, "¿Por qué me has abandonado?", es decir, "ya no eres mío, ni yo soy tuyo, sino que estoy abandonado". Pero en esa misma frase donde le reclama al Padre, le dice: "¡Dios mío!". Esto expresa bien el drama de Jesús. Un hombre que en ese momento de su historia, antes de morir, puso toda su confianza en el Padre, esperando contra toda esperanza.

De esta continuidad tendríamos que concluir que el reino de Dios, aquello que Jesús anunciaba globalmente —o, digamos, aquella realidad o concepto que engloba de manera más efectiva la predicación y la vida de Jesús— persiste después de la cesura continuadora de la resurrección. Ese reino sigue siendo el mismo reino de Dios, predicado por Jesús, y no una pura Iglesia doctrinal y cultural, en lo que consiste el peligro: hacer, tras la cesura de la resurrección, una traslación bien sutil de lo que era el reino de Dios para identificarlo con una Iglesia, que, en lo fundamental, transmitiera una doctrina supuestamente predicada por Jesús, y transmitiera o ejercitara un culto, unos ministerios, unos sacramentos, unos sacrificios, en los cuales se celebrara culturalmente y se realizara culturalmente el reino de Dios, pero sin una realización histórica del reino de Dios.

Por esta razón, considero importante reflexionar sobre que quien resucita es el que fue muerto, el que fue matado, el que fue crucificado. Y resucita para mostrar la continuidad entre lo que fue su vida histórica y lo que debe ser la continuación de esa vida histórica. Entre lo que fue el reino de Dios, tal y como él lo predicó, y lo que debe de ser el reino de Dios después.

Es la primera parte dentro de la continuidad, pero al mismo tiempo es importante decir que el que es matado resucita verdaderamente y esta resurrección da a su vida un valor absoluto y un sentido escatológico.

Vamos a ver ahora el problema desde el otro lado, diciendo que "el que murió es el que resucita". Vamos a poner cierto acento nuevo que trae la resurrección a la cristología. Y es que si nos quedamos en el nivel percibido por los apóstoles, y tal vez por el mismo Jesús durante su vida histórica, no logramos ni siquiera alcanzar la realidad entera de lo que es el Jesús histórico. Dicho de una manera, si ustedes quieren sencilla, antes de entrar en el análisis profundo de este asunto, hagamos la siguiente reflexión. Supongamos que Jesucristo era Dios, el hijo de Dios, ya desde su encarnación, ya desde su nacimiento, ya desde sus primeros años, y supongamos que lo fuese de una manera completa y perfecta. Si su vida y su presencia en la tierra hubieran terminado con la muerte, ni los apóstoles, y con esto no quiero entrar a discutir, aunque lo insinué la otra vez, ni quizá él mismo, hubieran sabido que Jesucristo era Dios encarnado entre los hombres. Y sólo por el hecho —aunque ya veremos que quizá no se lo pueda llamar hecho— de la resurrección podemos entender quién era el Jesús histórico. ¿Está claro este asunto? No está claro en la realidad, pero sí está claro lo que quiero decir.

Lo que hay que mostrar es que, realmente, si no vemos a Jesús desde la resurrección, no vemos ni siquiera lo que era, mientras era Jesús histórico, mientras vivía en la historia. Lo que pasa es que los sinópticos, al contar la vida de Jesús, ya han metido un montón de elementos, que vienen de su experiencia del resucitado. Pero si ustedes se ponen a pensar qué veían los apóstoles en Jesús, qué veían los que lo rodeaban e incluso qué veía él en sí mismo durante su vida, lo menos que podemos decir es que no veían todo lo que Jesús era, y quizá no veían, al menos de una manera clara, ni siquiera lo más importante que Jesús era. Entonces, si nos quedamos en ese nivel percibido por los apóstoles, es decir, lo que se veía de Jesús, en su vida histórica, en su predicación e incluso en sus milagros, si ustedes quieren, lo que se veía de él era una cosa bien importante, pero no se veía todo lo que era. Es posible que Jesús, después de su muerte, sea más de lo que era antes —y cabría una discusión sutil sobre este punto—, pero ni siquiera se veía de manera clara lo que era. Una cosa es que no se percibiera, antes de la resurrección, toda la profundidad real, transcendente de la vida de Jesús, y otra cosa es que no la tuviera de modo alguno. Jesús era lo que era, y eso habría que determinarlo, al estudiar su vida histórica.

Otro problema distinto es cómo se percibía eso que era. Y desde luego, podemos decir muy claramente que los discípulos, los apóstoles, los seguidores, no percibían en él todo lo que era. Ya no digamos toda su divinidad. Esa no se puede percibir, pero ni siquiera el carácter de su especial relación con la divinidad. No, no se percibía durante su vida, entre otras cosas porque eso era, hasta cierto punto, un tipo de fe, y la fe de ellos era de un carácter distinto al que fue

después de la resurrección. Y cabe también la sospecha, como digo, que ni siquiera Jesús hombre percibía de manera total, cabal y perfecta toda la plenitud que él era. Entonces, no estamos diciendo qué no era en este momento, pero sí estamos diciendo, al menos, que él no se percibía a sí mismo en plenitud, antes de la resurrección.

En cambio, después de la resurrección, vemos y comprobamos el valor definitivo de lo que, sin la resurrección, parecería accidental a la vida de Jesús o demasiado humano. La resurrección es la que nos va a hacer recuperar, no sólo la profundidad divina de Jesús, si ustedes quieren ponerlo en estos términos, sino incluso la tremenda profundidad teológica de lo que, viendo a los demás seres humanos, diríamos simplemente: "fue un predicador, fue un hombre muy bueno, fue un profeta, etc". Eso no deja ver, por ejemplo, un elemento que me interesa subrayar, su pobreza y su compromiso con los pobres y los más oprimidos. Podríamos decir que Jesús tuvo sentimientos de un buen hombre, que pasó religiosamente por Galilea. Sin embargo, visto desde la resurrección, todos esos rasgos fundamentales de la vida de Jesús cobran un valor teológico nuevo, y, desde luego, su divinidad cobra una luz nueva, después de su resurrección.

No quiero decir que esto sea lo que dice san Pablo. Pero, según la metodología que dijimos la vez pasada, creo que algo de esto quiere decir. Cuando se quiere decir una cosa en positivo, no se dice absolutamente lo contrario, aunque se formule de manera más o menos exagerada. Pablo realmente dice que Jesús "es constituido Hijo de Dios en plena fuerza por la resurrección". La manera de afirmar esto con exactitud es difícil, pero queda claro que para Pablo, la línea de la carne, la estirpe de David, nacido de la Virgen, etc., lleva a algo determinado. Por otra parte, cuando a Jesús le sobreabunda el espíritu por la resurrección, entonces su característica de Hijo de Dios cobra una plenitud especial, y entonces es cuando realmente Jesús se convierte, para nosotros, en el Mesías, en el Señor nuestro.

Esto nos indica que, cualquiera que sea la lectura que haya que hacer de este texto de la carta a los Romanos, realmente en la resurrección ocurre al menos un descubrimiento o una explosión o una desvelación de la realidad de Jesús, que antes no se daba. Y por lo tanto, mi argumento es que, si nos quedamos en lo que había antes de la resurrección, nosotros no estamos dando con la plenitud de Jesús. Entonces, tendríamos que en la resurrección no sólo Jesús da de sí y nos muestra todo lo que es, sino algo más. En la resurrección, precisamente, porque el Padre resucita a Jesús, acaece la revelación definitiva del Dios de Jesús. Dios se ha manifestado y comunicado definitivamente, en la resurrección de Jesús. De modo que ahí se nos da la insuperable y definitiva definición de Dios. Dios es el Dios de Jesús, el que lo resucitó de entre los muertos, el que hace vivir, el que acepta a los hombres en su amor y permanece fiel a sus promesas —según un texto que tengo aquí, en *Selecciones de Teología*.

Entonces, ¿qué tenemos en la resurrección? Indudablemente, en la vida de Jesús tenemos una gran manifestación del Padre, tenemos una gran revelación de Dios, de cómo es Dios. Pero la revelación definitiva de quién es Dios y de la fuerza de Dios y del compromiso de Dios con los hombres y con la historia, eso sólo se nos da en la resurrección. Y se nos da de una manera en la que ya insistimos el otro día, pero que considero de extraordinaria importancia y por eso lo repito. Nuestro Dios es el Dios de Jesús, que es distinto del Dios de los filósofos, del Dios de los poetas, del Dios de los cuentos, del Dios de las tradiciones, del Dios de las religiones, etc. No quiere decir que todos esos dioses sean distintos. Quiere decir que la manera que nosotros tenemos de hablar de Dios, de predicar de Dios, de decir cómo es verdaderamente Dios es —para nosotros— como se nos revela en Jesús. En ese sentido, nuestro Dios es el Dios de Jesús. Y en ese sentido, puede decirse que no es el Dios de la razón, etc., sino que es el Dios de Jesús.

Entonces, resumiendo este punto uno —y vamos a ir un poco más rápido, porque si no, no puedo cumplir con otros compromisos que tengo más tarde— sólo quien procede circularmente —y esto quizá sea lo importante—, quien pasa de la experiencia del resucitado al seguimiento del Jesús histórico y del seguimiento creyente del Jesús histórico a la experiencia del resucitado, sólo ése vive en la plenitud de la fe y la praxis cristiana.

El que murió es el que resucita realmente, y resucita el que murió. Y sólo haciendo esta circularidad, siguiendo —empleo la palabra seguir porque es un problema de praxis— la praxis de Jesús, de ahí llega a la experiencia del resucitado. El que no se queda en la experiencia del resucitado y vuelve a la praxis de Jesús, ése es el que tiene verdadera y completa fe en Jesús. Mientras que el que se queda sólo en la experiencia del resucitado o el que se queda sólo en el seguimiento de una praxis del Jesús histórico, tiene una visión parcial.

Ahora, si a mí me preguntan cuál de las dos cosas es más ortodoxa, la experiencia del resucitado, la supuesta experiencia del resucitado, o la comprobada experiencia de la praxis del Jesús histórico, me quedo con ésta, que, más tarde o más temprano, llevará a la experiencia del resucitado. La segunda me parece un poco más dudosa de alcanzar.

2. La resurrección de Jesús y la fe pascual

La resurrección de Jesús da paso a la fe pascual y sólo la fe pascual alcanza el sentido pleno de la resurrección. En este punto lo que quiero hacer es mostrar quizá un poco más de cerca algunas características de lo que es la resurrección.

Como saben, ha habido una discusión sobre si la resurrección es un milagro —el mayor de los milagros— y la prueba fundamental de la divinidad de Jesús y de la verdad de la religión cristiana. Es lo que se llama planteamiento apologé-

tico de la resurrección de Jesús. Esto ya se ha manejado mucho y se ha impartido un curso grande sobre ello.

El otro planteamiento es que la resurrección no es un hecho histórico, en el sentido de que nos podamos apoyar en él como prueba para otras cosas, sino que la resurrección misma es objeto de fe y, por lo tanto, no puede emplearse como un hecho histórico para probar ulteriores cosas.

Aquí mantengo una posición un tanto intermedia que da más razón al carácter dogmático de la resurrección que al carácter apologético. Además, no trato de hacer apologética, porque me parece una cosa poco útil. Lo que voy a tratar de hacer, dentro de la teología de la liberación, es mostrar el carácter al mismo tiempo histórico y trascendente del hecho de la resurrección.

Aunque la resurrección no es primariamente un milagro que garantice la fe, sino un punto central de nuestra fe, que debe ser captado por la fe, tiene una historicidad propia, en que confluyen y refluyen lo trascendente y lo histórico. Esa es, digamos, mi posición modesta sobre ese asunto. Estoy de acuerdo con los que dicen que no es primariamente un milagro que garantice la fe, un milagro que se podría verificar, que podría constatar quien lo vio, como si fuese un hecho constatable históricamente del que no se puede dudar. Yo digo que no es primariamente un milagro que garantice la fe, sino un punto central de nuestra fe, que debe ser captado por la fe, de modo que, si no, no se lo capta en su verdad. Sin embargo, creo que tiene una historicidad propia, en que confluyen y refluyen lo histórico y lo trascendente, tratando de vigorizarse mutuamente.

Yo creo que muchos teólogos modernos tienen toda la razón al sacar la resurrección de la apologética y situarla en el corazón de la dogmática. En los tratados de teología, cuando yo los estudié, hace algún tiempo —no mucho—, realmente la resurrección la estudiábamos en la parte, por decirlo así, de la apologética o de teología fundamental. La resurrección en sí no era una cosa muy importante para la propia fe cristiana. Era, sí, un hecho histórico comprobable, que servía para probar la divinidad de Jesús. Pero la resurrección no era tan importante. Así, dicho entre paréntesis, podríamos acusar a nuestros maestros, en aquel momento, de una tremenda herejía. Es decir, de una parcelación, de una desviación del elemento importantísimo del mensaje cristiano, trasladándolo a la apologética. Pero no vamos a meternos con nadie, porque no es nuestro propósito ahora.

Yo estoy de acuerdo con estos que sacan realmente la resurrección de la apologética y la sitúan en el corazón de la dogmática, es decir, del objeto de la fe y de la reflexión teológica, estrictamente.

Quizás —no sé— ustedes esperarían más que tratáramos de probar si se dio la resurrección, etc. Quiero decir únicamente que la tumba vacía no es argumento de la resurrección, aun suponiendo que fuese un hecho histórico. Los fenómenos de visión del resucitado, por su parte, admiten varias lecturas. Es decir, todo

esto de las visiones y de las apariciones admite varias lecturas y, por lo tanto, están expuestos a la discusión.

Sólo quiero insistir en que, en el fondo, coincidente de todas estas visiones, apariciones y formulaciones, como antes decía, está la experiencia vivida y creyente de que Jesús sigue vivo y sigue operante. Ese es el fondo que realmente transmiten de diversas maneras, con la historicidad que quiera atribuirse o no, a las visiones, a las apariciones, etc. La experiencia vivida no sólo por uno, sino por los más diversos discípulos de Jesús —experiencia vivida y creyente— de que Jesús sigue vivo y sigue operante es una cosa de la que no pueden dudar, y ése es el fondo de ese asunto.

Sin embargo, esa fe en Jesús vivo después de la muerte no es un acto irresponsable y subjetivista. Y por eso digo que no es, por decirlo así, un puro acto de fe, si es que queremos entender por un puro acto de fe algo sin encarnación, sin fundamentación, etc. No es un acto irresponsable y subjetivista, sino algo estrictamente implicado con realidades históricas eficaces y, de algún modo, verificables. Ahora lo voy a mostrar brevemente, y un poco rápidamente.

En el plano personal, la gracia de Dios, el Espíritu de Jesús, confluyen y refluyen sobre lo que son experiencias personales. Esto en el plano personal. En el plano histórico, la constatación, y esto me gustaría desarrollarlo más, pero no puedo, la constatación del pueblo crucificado, que afronta la muerte con esperanza y que da nueva vida para la construcción del reino, muestra la presencia viva del resucitado, que sigue operando, en la historia, es decir, me parece a mí, no sólo en la vida personal de los primeros testigos, en la vida personal de tantos santos, a lo largo de la historia, anónimos y canonizados, pero sobre todo los anónimos.

Hay una prueba de que esa experiencia del resucitado, del Cristo que sigue vivo, no es fatua, sino operante. Empuja más allá de lo que la vida personal puede dar de sí, sin una presencia, del tipo que sea, de algo que supera a la vida personal. Y también en el plano histórico. El otro día hablábamos un poco de ello. El pueblo de Dios, en alguna manera, en El Salvador y en algunos países semejantes, un pueblo crucificado, aplastado, sigue adelante luchando por su liberación con una gran esperanza, entregando su vida para que venga un futuro mejor y para que, de una u otra manera, el reino que predicó Jesús se instaure entre los hombres. Me parece a mí algo en que lo creyente, el objeto de la fe, confluye con la historia, refluye sobre ella y adquiere en ella una cierta comprobación.

Y, finalmente, puede verificarse que el futuro prometido, la consumación y la nueva creación han empezado ya, en este mundo. Explicaría este argumento puesto de otra manera. Si nada de esto se da, es decir, si el futuro prometido por Jesús no aparece de ninguna manera, en la historia, si la nueva creación tan anunciada por los que creen en el resucitado no aparece de ninguna manera, en

la historia, si nada de esto se da ya de algún modo, es que Cristo no ha resucitado y que es vana nuestra fe. Así de duro y cruel. Si lo prometido por Jesús a los hombres y a la historia no se verifica de alguna manera, si el reino de Dios no se va instaurando de una manera realmente visible y eficaz, si no aparece la nueva criatura, si no aparecen los nuevos hombres, si no aparece el nuevo cielo y la nueva tierra, es que Jesús no ha resucitado. Y la viceversa también es aceptable. Si lo que anunció Jesús, lo que prometió Jesús, se está dando ya, de alguna manera, y se sigue dando de manera eficaz entre los hombres, es que Cristo ha resucitado.

La fe pascual, al expresarse en formas escatológicas, especialmente en la aceptación de una resurrección universal de los muertos —que es, quizá, la forma más englobante que adopta, en el Nuevo Testamento—, expresa la convicción de que la historia ha entrado en su fase definitiva, de que ya empieza a ser el triunfo del reino de Dios anunciado y predicado por Jesús. Eso es la continuación de lo que acabo de decir.

Es cierto que la aparente continuidad de lo mismo y el retraso de la parusía van disminuyendo la tensión escatológica, en la primitiva comunidad, y llevando a formas sustitutivas de los tiempos nuevos. Porque realmente, en un primer momento, ya ven el nuevo cielo, la nueva tierra, el reino de Dios plenamente instalado, la parusía, etc. Están seguros que la resurrección de Jesús va a traer, realmente, la transformación de los hombres, la transformación de la tierra, y en ese sentido, una nueva era, como quiera que se entienda.

Al retrasarse esto que es la expectativa que había causado la experiencia del resucitado, empiezan a darse formas sustitutivas de los tiempos nuevos y esas formas sustitutivas son la transformación interior, personal y de la comunidad de los elegidos. El mundo no se transforma, la historia no se transforma. ¿Fue vana nuestra expectativa? Por lo menos que se transforme nuestro interior, y por lo menos, constituyamos una comunidad eclesial, donde se viva la santidad. Igualmente, se da una confusión identificadora de la resurrección con la inmortalidad del alma, a la cual un día se le devolverá un cuerpo; esto es a lo más que llegan.

Es cierto que eso sucede y es un peligro que ha sucedido, pero también siguen en pie, en la comunidad primitiva y donde la Iglesia está viva, las grandes esperanzas históricas, que responden a los esfuerzos del Jesús histórico. Yo las concretaría en éstas:

* Un mundo del que se desterrara el pecado, del que viene la muerte, que se desterrase el pecado en los niveles personal y estructural. Sería el gran aporte y la presencia de la resurrección y del Jesús vivo, sobre todo en la historia. La construcción de un mundo donde se desterrara el pecado, porque por el pecado vino la muerte, y por la muerte vinieron todos los males al mundo. Entonces, hay que desterrar la muerte, desterrando el pecado. Pero el pecado no sólo en el nivel personal, sino también en el estructural.

* Unos nuevos cielos y una nueva tierra, donde todos puedan ser hermanos. La construcción, desde esa perspectiva, de la resurrección.

* Un triunfo sobre la muerte. Y no sólo sobre la muerte. Indudablemente, esta muerte, que es la que más nos toca de cerca, allí en las regiones donde yo vivo, pero también el triunfo sobre la muerte, que termina con el desgaste del hombre y la anulación de la vida personal. Un triunfo sobre la muerte con la esperanza de que el hombre siga viviendo.

* Un caminar hacia el Padre y hacia la patria definitiva. Es decir, una apertura de la historia a Dios como Padre y a la patria definitiva, hecha por el Padre.

3. Conclusión

Con esto concluyo. La muerte y la resurrección de Jesús, juntando el tema del otro día y el de hoy, descubren la verdad y la realidad de la historia, en lo que tiene de inmanente, tanto por lo que vimos en la muerte de Jesús, donde aparece quizá más la inmanencia, como también en estos aspectos del nuevo cielo y de la nueva tierra, en lo que tienen también de inmanencia, como también en lo que tienen de trascendente, es decir, en lo que tienen más allá de lo que nuestros sentidos pueden alcanzar, más allá de lo que la razón puede alcanzar. En lo que tienen de pecado, que trae la muerte de Jesús, y en lo que tiene de gracia, que es la presencia de Dios entre los hombres, que quiere resucitar y dar nueva vida a los hombres.

Esto sería, pues, lo que diría de este segundo tema, en complementación con el del día anterior.

Coloquio. Respuesta a las preguntas

— Es una pregunta un tanto extensa, pero creo que va al fondo de la cuestión. Usted ha dicho que el reino, antes y después de la resurrección, es el mismo o debería ser el mismo. Yo digo que ni fue el mismo, ni lo podría ser. ¿Por qué? Porque tras la resurrección de Jesús, el reino tuvo que pasar forzosamente a segundo plano, porque es Jesús quien pasa al primer plano, es el predicador del reino el que ahora se convierte en el predicado. Entonces, al ser sustituido un mensaje, el mensaje del reino, que había predicado Jesús, por una persona, inevitablemente, el significado escatológico de esa persona es el que ocupa el centro y absorbe la atención de la Iglesia. Eso tenía que ser así.

De ahí que, como usted ha apuntado, para los cristianos primitivos la historia realmente había terminado, y de ahí la sorpresa de aquellos hombres al ver que el mundo continúa su marcha y aquello no se acaba. Y ahí viene, en el Nuevo Testamento —es inevitable—, una desvalorización de la historia. Eso, en san Pablo, se ve clarísimo. Todo queda bajo la absorbente figura de Jesús y su significado.

Sin hacer un juicio de valor sobre si la praxis del Jesús histórico es superior — y debería de ser la praxis del cristiano —, en la realidad me parece imposible. Admito que se pueda seguir sólo la praxis del Jesús histórico, pero desde fuera de la Iglesia, no desde dentro. Porque el que ha admitido ya la evolución histórica — que para mí era inevitable, y cualquier sociólogo de la religión, con estas bases, hubiera predicho lo que iba a ser el curso de la Iglesia. Por eso, a mí me revienta cuando atribuyen a degeneración la evolución cristiana de una praxis de fraternidad a una praxis sacramental y de sinónimo religioso. Eso no ha sido, a mi modo de ver, un deterioro de la ética cristiana, sino una evolución incipiente e inevitable, desde el momento en que el resucitado ha pasado a ser el centro de todo. Lo que interesa no es tanto la historia del cristianismo primitivo, que no pretende transformar el mundo. Creo que el éxito enorme y de paz interior del cristianismo primitivo se debe a que ofrecía, primero, una praxis de comunidad y, sobre todo, ofrecía un trasmundo, una vida eterna, que es lo que interesaba, en un momento en que la vida era muy poco grata.

— Bueno, yo creo que su pregunta es bien importante. Es realmente compleja, no se la puedo despachar así como así. Pero quiero decirle que, en parte, es verdad. Jesús se convierte, digamos, en lo predicado. He venido a decir que hay una cierta cesura indudable, por el hecho de la resurrección, hay una continuidad con cesura. Quizá uno de los elementos de la cesura es el que usted introduce, pero creo que, aun siendo verdad que Jesús se convierte en el predicado y ya no en el predicador del reino, sino en el contenido del mensaje, diría que Jesús no se puede desligar del reino de Dios. Es la síntesis del reino de Dios. Más bien, revalidaría otra vez lo que fue su vida de tal manera que, a mí me parece, que podía probarse exegéticamente el por qué se escriben unos libros y no otros o por lo menos por qué se conservan como canónicos unos libros y no otros. En la sucesión que se da, creo que hay un tremendo esfuerzo para recoger el Jesús histórico en el Jesús resucitado predicado, y por lo tanto, para recoger el reino de Dios. En realidad, creo que confesar al Jesús resucitado sin confesar su vida histórica y sin ponerla en práctica, me parece a mí, una gran traición al Jesús total, que he tratado de decir engloba a los dos lados.

Reconozco que su problema es profundo y complicado, y que la historia le ha dado razón a usted, en el sentido de que por ahí se fueron. Ahora, modestamente, pienso que es una desviación, y desde luego, no es la experiencia que nosotros estamos teniendo ahora, en las iglesias estas, que están luchando con los hombres para sacarlos adelante y que no están en un planteamiento parecido al del imperio romano, en ese momento. No son una minoría que se refugia en una capilla, sino que está en un planteamiento distinto.

Puedo reconocer que estoy muy condicionado, gracias a Dios, en lo que pienso, por lo que hago y por lo que necesito hacer. Puede ser una limitación.

— Estoy de acuerdo en que el punto central del cristiano es la resurrección de Jesús. Pero es un punto muy importante entre otros.

— *¿Podría mostrarnos un poco cuáles son estos otros puntos que se complementan?*

Mantengo que el punto central de la predicación cristiana es el reino de Dios. El reino de Dios engloba bastantes cosas. Engloba, como dije el otro día, la presencia de Dios Padre entre los hombres, realizándose en la historia, engloba el Espíritu de Cristo, engloba a Cristo mismo, engloba las relaciones entre los hombres. Por eso, a mí me parecía que, decir que el punto central de nuestra fe es la resurrección... Podríamos decir que es el punto culminante, es el lugar donde se da más la apertura a Dios, es el sello definitivo, cualquier cosa de éstas. Pero no soy partidario de un punto central como si hubiera una sustancia del mensaje. Soy más estructural y sistemático en esto, es decir, creo en una totalidad unitaria, en que hay diversos elementos, unos más importantes que otros, pero en la cual el reino de Dios sería el que lo englobase todo, y dentro de la cual, en mi opinión, tiene un punto central —uno de los puntos centrales básicos— una praxis histórica concordante con el significado total del Jesús histórico.

